



LA VISITA DE KEYNES

Una distinguida figura histórica aparece en el FMI en su 75.º aniversario

Atish R. Ghosh

ILUSTRACIÓN: JOHN CUNEO, ISTOCK/MOLLYPIX

“Su documento de identidad, por favor. Tiene que identificarse”.

El anciano caballero, ataviado con elegante traje con chaleco y corbata a rayas, lo miró sin comprender. El vigilante soltó un suspiro exagerado. “¿Quién es usted? ¿Cómo se llama?”.

“Keynes. John Maynard Keynes. Lord Keynes”.

“Mire, amigo, no me importa si usted es el Señor de los Anillos. Para dejar que pase, necesito ver su documento de identidad”.

Un burócrata anónimo, apurándose porque llegaba tarde al trabajo, paró en seco y se dio la vuelta. ¡Era Keynes! Había reconocido el rostro del busto de bronce expuesto en la sala del Directorio. “Disculpe”, dijo, enseñando sus credenciales al vigilante, “yo me ocupo del caballero”.

“Necesita un pase de visitante”, les gritó el vigilante.

Entraron en el edificio central del FMI. “Sr. Keynes, por favor, tome asiento mientras...”.

“¿Acaso no me esperaban? ¿No recibieron mi telegrama?”.

“Este... me temo que no. Permítame llamar a la oficina de la Directora Gerente. Seguro que lo resolverán”.

“Bueno, llego un poco tarde. Ya sabe, los trenes americanos nunca son puntuales...”, murmuró Keynes, mientras se sentaba en el rígido banco de cuero, un tanto sorprendido por el gran número de banderas que adornaban el vestíbulo.

El burócrata tardó casi 20 minutos en reaparecer. “La Directora Gerente lo recibirá encantada”, anunció.

“Muy amable por su parte... ¿cómo se llama?”.

“Lagarde. Christine Lagarde”.

“¿Una mujer? ¿Francesa?”.

El burócrata asintió.

“Bueno, ¿supongo que la posición número dos es nuestra?”.

“El Primer Subdirector Gerente, David Lipton, es estadounidense”.

“Por supuesto, los americanos. Pero seguramente, ¿la posición número 3 será nuestra? Me refiero a que Gran Bretaña tiene la segunda cuota más grande¹. Eso sí lo sé, porque la negocié yo mismo”.

El burócrata carraspeó una disculpa. “De hecho, es Japón quien tiene ahora la segunda mayor cuota en el FMI. Seguido de China y Alemania. Pero la cuota del Reino Unido es la quinta más grande, empatada con la de Francia”, añadió para consolarlo.

Keynes estaba intentando digerir la información cuando lo condujeron a la oficina de la Directora Gerente.

“Lord Keynes, es un gran honor conocerlo”.

“Enchanté, Madame”.

“Siento mucho no haberlo recibido como merece. En realidad, no lo esperábamos...”.

Keynes sonrió tímidamente. “Lo sé. Llevo tiempo en ‘el largo plazo’². Pero no he podido resistir la tentación de visitar el FMI hoy, en su 75.º aniversario”.

Con un gesto, Lagarde le indicó que se sentase en el sofá, se acercó a la máquina Nespresso y comenzó a preparar dos tazas de café.

“Dígame”, dijo Keynes, “¿ha tenido éxito el FMI? ¿Qué ha sucedido? Tengo entendido que desde la Conferencia ha habido algunos cambios”.

“No sabría ni por dónde empezar”, respondió Lagarde. “Ha habido tantos cambios”.

“Bueno, el Convenio. Trabajamos muchísimo y negociamos cada palabra. Supongo que *no* habrá cambiado”.

“En su conjunto no. Pero se han hecho enmiendas”.

“¿Como por ejemplo?”.

“La primera enmienda sirvió para crear el DEG, el derecho especial de giro. Es un tipo de... bueno, es complicado. Es algo así como una moneda virtual entre bancos centrales. Proporciona liquidez al sistema monetario internacional cuando es necesario. En 2009 hicimos una asignación masiva”.

“¿Es como mi banco!”.

“Sí, exacto”, rió Lagarde. “No me acordaba. No hará falta que le explique cómo funciona el DEG. Veamos, ¿qué más? Diría que otro cambio importante fue la segunda enmienda, que autoriza los tipos de cambio flotantes”.

“¡Tipos de cambio flotantes! Pero si creamos el FMI precisamente para dar estabilidad al tipo de cambio tras el profundo caos del período de entreguerras”.

“El sistema de tipo de cambio fijo de Bretton Woods se desmoronó a principios de la década de 1970”.

“¿Y por qué no cerraron el FMI?”.

“Ah, pues porque el mundo se dio cuenta enseñada de que aún nos necesitaba. Además, aunque los tipos de cambio sean flotantes, controlamos de cerca las políticas cambiarias de nuestros miembros, para que no puedan manipular sus monedas y obtener ventajas comerciales injustas”.

“Sin duda. ¿Y les hacen caso?”.

Lagarde rió un poco. “Bueno, quizá no siempre”, reconoció. “Estados Unidos se queja siempre de que los países con superávit no dejan que sus monedas se aprecien; antes los principales culpables eran Alemania y Japón. Últimamente es China. Hace años, incluso se nos acusó de ‘dormirnos al volante’ de nuestra responsabilidad primordial de supervisión”³.

“Eso le dije yo a Harry Dexter White en su momento: vas a limitar la capacidad del FMI para obligar a los países con superávit a ajustarse. Yo abogaba por penalizaciones simétricas para países con superávit y con déficit, ¿sabe? Pero White y los del Tesoro de Estados Unidos se opusieron con fuerza. Advertí a White que no siempre iban a ser un país con superávit y terminarían arrepintiéndose. Él me decía: ‘No importa, Estados Unidos defenderá siempre el libre comercio’. ¿Supongo que sigue siendo así?”

“Bastante”, respondió secamente Lagarde.

“¿O sea que los bancos centrales ya no intervienen en los mercados de divisas?”

“Cuando los tipos de cambio son flotantes, no. No deben intervenir, a menos que haya perturbaciones en los mercados”.

“¿No las hay siempre?”

Lagarde se levantó para retirar los dos cafés de la máquina, pero de repente cambió de opinión, y se dirigió al pequeño refrigerador escondido tras unos paneles de madera en la pared y sacó una botella de La Grande Dame.

“Muy apropiado”, rió Keynes. “Supongo que sabrá que de lo único que me arrepiento en la vida...”⁴. Se levantó y se acercó a Lagarde.

“La encontré en el refrigerador cuando llegué, y la guardé para una ocasión muy especial. Creo que hoy es un buen día”. Lagarde sonrió y le ofreció una copa.

Brindaron. “Dígame”, dijo Keynes, acomodándose en su silla. “¿Qué tal funcionó lo de mi bancor? ¿Cómo dice que se llama? ¿Derecho especial de giro? Mencionó que hace años realizaron una cuantiosa distribución. ¿Por qué?”

Lagarde lo miró sin comprender y luego dijo: “¡Claro! Usted no ha oído hablar de la crisis financiera mundial”.

“¡No, evidentemente! ¿Tuvimos otra Gran Depresión?”

“No. Hace 10 años, tuvimos una gran crisis financiera, que podía haberse convertido en Gran Depresión. Pero, por suerte, nos sabíamos sus teorías. El FMI abogó por un estímulo fiscal inmediato



en todas las principales economías, así como una expansión monetaria masiva”.

“¿Y superaron el bache?”

“Más o menos. Desde entonces, la economía mundial es un poco inestable”.

“¿Pero el estímulo fiscal funcionó?”

“Sí, muy bien. Aunque algunos gobiernos gastaron demasiado y los niveles de deuda se dispararon”.

“¿Y la expansión monetaria?”

“Fue crucial”.

“¿Pero no generó flujos de capital especulativo? ¿O será que hoy en día la gestión de los flujos de capital es mucho mejor?”

Lagarde se encogió de hombros. “Fluyeron cuantiosos capitales hacia las economías de mercados emergentes y en desarrollo. Y en esos países las empresas han aumentado su exposición al dólar hasta niveles peligrosos”.

“Debe permitirse que el capital productivo vaya allí donde resulte más provechoso, pero flujos de capital especulativo sin ningún tipo de restricción...”.

Keynes negó con la cabeza, consternado. “White y yo estábamos completamente de acuerdo en ese punto durante la redacción del Convenio, pero los banqueros neoyorquinos tuvieron acceso al borrador y ese fue el fin⁵. Pero bueno, de eso hace ya unos años. ¿A qué se enfrenta el FMI hoy en día?”

“A muchos problemas”, respondió Lagarde. “Como le contaba, incluso 10 años después de la crisis, la economía mundial sigue siendo inestable. Además, afrontamos una multitud de problemas nuevos: la desigualdad del ingreso, el logro de una mayor equidad de género, el cambio climático mundial”.

“¿Cambio climático? ¿Se refiere al tiempo? ¿Cómo puede cambiar el clima?”.

“El mundo produce miles de toneladas de dióxido de carbono al año, además de otros contaminantes, y ello provoca la subida de la temperatura media, el deshielo de los casquetes polares, el aumento del nivel del mar...”.

“Dios mío”, dijo Keynes. “Suena espantoso, pero ¿qué tiene que ver con el FMI?”.

Lagarde se lo explicó. Estaba por terminar cuando escuchó un discreto golpe en la puerta, y vio asomarse la cabeza de su asistente. “Madame Lagarde, tiene que presidir la reunión del Directorio en unos pocos minutos”.

“¿Otra vez?”, dijo Lagarde dejando escapar un suspiro. “OK. Muchas gracias. Voy enseguida”.

Keynes se levantó, sonriendo con el bigote arqueado. “Siempre sostuve que el FMI debía tener un Directorio externo”.

“¿Por qué no se queda a pasar el día aquí?”, le preguntó Lagarde, a punto de marcharse. “Mi asistente se lo enseñará, así podrá comprobar cómo se están haciendo las cosas. Pase a verme antes de irse”.

* * *

Comenzaba a anochecer en lo que prometía ser una bonita noche de verano en Washington cuando Keynes regresó a la oficina de la Directora Gerente.

“¿Qué le pareció?”, preguntó Lagarde.

“Que todo ha cambiado. En mis tiempos, había tres constantes: el tiempo, la participación de la mano de obra en el ingreso nacional⁶; y —siento decirlo— el lugar ocupado por las mujeres en la sociedad⁷. Ahora está cambiando todo, pero al mismo tiempo, todo sigue igual. El Fondo sigue teniendo que ayudar a los países a adaptarse a los problemas de la balanza de pagos ‘sin recurrir a medidas perjudiciales para la prosperidad nacional o internacional’. Sigue teniendo que ayudar a repartir equitativamente la carga del ajuste entre países con superávit y países con déficit, y a gestionar los volátiles flujos de capital entre países emisores y receptores. Y, de vez en cuando, todavía necesita regular la liquidez mundial. Lo único que ha cambiado es la naturaleza de los shocks y los problemas que afrontan los países. Pero la misión esencial del FMI —ayudar a sus países miembros a hacer frente a estos problemas— sigue siendo la misma. El verdadero logro

de Bretton Woods no fue establecer el sistema de valores nominales y paridades fijas, sino crear una institución que pudiese —y quisiese— adaptarse para servir a sus miembros”.

“Así es”, respondió Lagarde. “Vamos, lo acompaño hasta la salida”.

Bajaron en el ascensor en silencio, absortos.

“¿Algún otro comentario?”, preguntó Lagarde mientras salía con Keynes.

“Sí”, respondió Keynes. “Viendo que hombres —y mujeres— de todas las razas, nacionalidades y creencias trabajan juntos por el bien común, sé que el FMI está en buenas manos”⁸. Y, sonrió, “si el FMI está en buenas manos, también lo está el mundo”.

Keynes hizo una pequeña reverencia, se dio vuelta y se alejó por la calle 19. **FD**

ATISH R. GHOSH es el historiador del FMI.

Referencias:

Adams, Timothy. 2005. “The IMF: Back to Basics.” Discurso pronunciado en el Peterson Institute for International Economics, 23 de septiembre.

Council of Kings College. 1949. *John Maynard Keynes, 1883–1946, Fellow and Bursar: A Memoir*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.

Ghosh, Atish R., Jonathan D. Ostry y Mahvash S. Qureshi. 2019. *Taming the Tide of Capital Flows*. Cambridge, MA: MIT Press.

Helleiner, Eric. 1994. *States and the Re-emergence of International Finance: From Bretton Woods to the 1990s*. Ithaca, NY: Cornell University Press.

Keynes, John M. 1924. *A Tract on Monetary Reform*. Londres: Macmillan.

———. 1939. “Relative Movements of Real Wages and Output.” *Economic Journal* 49 (193): 34–51.

Notas:

¹ Es comprensible que Keynes se sorprenda: hasta la novena revisión de cuotas (1990), la cuota del Reino Unido era la segunda en importancia, tras Estados Unidos. En 1947, los cinco países con las mayores cuotas eran Estados Unidos (31,68%), Reino Unido (15,12%), China (6,56%), Francia (6,28%) e India (4,85%).

² Es célebre la frase de Keynes (1923, 80): “A largo plazo, todos estaremos muertos”.

³ Adams (2005).

⁴ Se dice que Keynes manifestó que de lo único que se arrepentía en la vida era de no haber bebido más champán (Council of Kings College 1949, 37).

⁵ Véanse Helleiner (1994); y Ghosh, Ostry y Qureshi (2019), capítulo 2.

⁶ Keynes (1939) llamó a la estabilidad de la participación de la mano de obra en el ingreso nacional “uno de los hechos más sorprendentes y al mismo tiempo más consolidados entre todas las estadísticas económicas”. No obstante, desde la década de 1980, dicha participación ha ido disminuyendo en la mayoría de las economías avanzadas.

⁷ Keynes era un firme defensor de los derechos de las mujeres y fue nombrado vicepresidente de la Marie Stopes Society en 1932.

⁸ El 25 de septiembre de 1946, mucho antes de que los gobiernos de los países miembros adoptasen leyes similares, el Directorio Ejecutivo del FMI adoptó la Norma N1: *El empleo, clasificación y ascenso del personal del Fondo, así como la asignación de sus funciones, se hará sin discriminar contra ninguna persona por razón de sexo, raza o religión.*